

## **BREVE SEMBLANZA DE MI PADRE: RENÉ URIBE FERRER**

En la ladera oriental de la ciudad, en la calle Nariño del barrio Buenos Aires, se encuentra la vieja casa-quinta construida en muros de tapia. Allí transcurrió gran parte de la vida del profesor René Uribe Ferrer. La casa, formada de corredores, habitaciones en galería, patios, baño de inmersión, callejón empedrado y solar con arboleda, tenía su centro de gravedad en las dos habitaciones que formaban la biblioteca, ampliamente iluminada por puertas y ventanas que la comunicaban con el corredor de la quinta y con uno de los amplios patios interiores. Ese era su refugio preferido. Al evocar su imagen, surge en el recuerdo la escena de su figura tranquila sumergida en aquel lugar de ensueño, mientras agotaba la lectura de los libros al suave ritmo que le imprimía a su silla mecedora.

Allí, en aquel lugar sereno de la casa familiar, en la paz de su hogar, robándole horas al sueño, fue construyendo, con una disciplina constante, día a día, el edificio de su sabiduría. Procuraba que nada lo desviara de ese objetivo fundamental. Ese camino en la búsqueda del conocimiento, principio de la sabiduría, era la exigencia de su inteligencia en su auténtico camino hacia Dios. A su amigo Sergio Mejía Echavarría le confesó en alguna ocasión: “Conocimiento que no lleve hacia Dios, no debe importarnos”.

Quiero citar parcialmente las palabras de Alberto Aguirre, escritas con ocasión de su muerte y en las cuales no oculta la admiración por el intelectual y humanista desaparecido: “René Uribe Ferrer era la inteligencia soberana: qué majestad la suya en el espíritu. Es éste el sello de su vida. Tal vez ninguno otro, aquí, haya puesto su destino, a tal grado, bajo el signo de la inteligencia. Daba el testimonio de la cultura. En un medio flojo y abigarrado, en el que sólo aparecen endebles tentativas de luz frente a la tiniebla universal, Uribe Ferrer se alzó como hombre de cultura. Y qué sobriedad la suya. Cuán lejos estuvo siempre de la vanidad y del halago. Por eso, porque era un hombre culto, supo la humildad del espíritu. Así, su vida misma es una lección: de dignidad, de nobleza, de amor a la sabiduría. Que en él se desdoblaba, por firme convicción, en amor a los semejantes”. Si me he permitido consignar esta extensa cita, es porque creo que describe con gran exactitud una de las facetas más destacadas de su rica y amplia personalidad.

Ese hombre grande y generoso tuvo su máxima expresión en la cátedra universitaria, la que él mismo definió como su auténtica vocación y donde brilló como un verdadero maestro. Traigo a colación las palabras de su amigo desde los ya lejanos años de estudiantes en la universidad, el doctor Otto Morales Benítez: “Tuvo sí un

acento profesoral. Todos se lo reconocíamos en los claustros. Desde ellos ejercía un mandato natural de magister”.

En la Universidad Pontificia Bolivariana ejerció gran parte de su magisterio en las cátedras del derecho, la filosofía, la literatura, la historia de la cultura, el arte y la teología, servidas con propiedad, inteligencia y profundidad. Pero sus más grandes cualidades de maestro se dieron con su ejemplo, con su permanente testimonio de vida, para todos aquellos que en una u otra forma compartimos el camino de su experiencia vital.

Y es que su vida tuvo la impronta de su fe vivida, amasada en el diálogo permanente entre la búsqueda del conocimiento y su fe, no siempre serena, como se trasluce en ese hermoso canto que es *El Grito de Job*, pero siempre resuelta con una profunda confianza y entrega en Dios nuestro Señor, que le permitió aproximarse a todos los hombres en un acto de caridad. Esa fe encarnada irradió sus frutos. Sirvan de ejemplo las palabras de su amigo y discípulo en la Facultad de Filosofía, Ricardo Vélez Rodríguez: “En el testimonio cristiano de dos grandes amigos, desgraciadamente hoy desaparecidos, René Uribe y Alberto Restrepo, confieso que descubrí el camino para superar la oposición entre razón y fe, en que estaba naufragando mi vivencia religiosa. Con ellos aprendí a vivir una fe madura, inserta en el mundo, en diá-

logo constante con la razón científica y religiosa, abierta al compromiso, pero no por eso menos trascendente y abierta a lo sobrenatural”.

Asumió su papel de intelectual católico con valor sin par, expresión clara de sus profundas convicciones, “porque es mucha valentía en esta época que se precia de indiferente y utilitarista, testimoniar vitalmente una creencia religiosa”, anotaba Miguel Escobar Calle en comentario crítico sobre su obra poética *El Grito de Job*.

A la semana siguiente de su muerte, en los primeros días de noviembre de 1984, en el Seminario de Intelectuales Católicos, el doctor Alfonso García Isaza se refería en los siguientes términos: “Asumió su vocación de intelectual católico no como un generoso servicio de ocasión o de defensa o de difusión solamente y que lo pudiera prestar un buen cristiano que se sienta con alguna capacidad para desempeñarlo, sino como la mayor misión de su vida”.

Otra expresión de su talento creador, extensión y complemento de su ser integral, se dio en su labor como escritor, prolongación natural de su cátedra y de su actividad en las aulas. Esta tarea intelectual se expresó principalmente a través del ensayo: en sus libros, en el periodismo y en las conferencias que dictó a lo largo de su vida en diversos auditorios. Desde allí ejer-

ció la crítica, entendida ésta como aproximación a los diferentes autores y sus textos, al facilitarnos su comprensión o al entreabrirnos posibilidades de nuevas interpretaciones o nuevos enfoques. El discurso de René Uribe Ferrer tuvo una característica esencial, tanto en la cátedra oral como escrita, y fue su claridad: con qué sencillez comunicaba los textos más difíciles y oscuros, con qué claridad iba ordenando los puntos de su exposición, con qué economía de palabras expresaba los más densos contenidos haciéndolos comprensibles por parte del auditorio más diverso. Una vez más acudamos al comentario de sus amigos. En este caso me remito a las palabras del académico Sergio Mejía Echavarría: "Adornaba su tarea literaria con un buen decir claro, sencillo, empujado en el estilo, depurado en la forma, brillante en el lenguaje, dinámico en el fraseo y exacto en el contenido; sereno en la crítica y objetivo en el juicio".

Amante de la naturaleza, disfrutaba intensamente de las cosas sencillas de la vida. Su deporte favorito era salir a caminar por los viejos caminos de piedra, labrados en las abruptas laderas de las montañas y hoy tristemente borrados de nuestra geografía local: el alto de Santa Helena, el Boquerón, el Retiro, la Unión, en fin éstos y otros destinos sobre los que volvía una y otra vez en compañía de sus hijos y de algunos de sus amigos. La observación de plantas y animales, los cuales tenía plenamente conocidos y clasificados,

la observación de la geografía y sus accidentes, eran el complemento de su andar rítmico y seguro. Las largas caminadas que hicieron parte de su descanso creativo eran una gran lección de observación de la naturaleza en la cual se confundían la figura del maestro y del pensador mientras afloraba en él su alegría de vivir.

Ese hombre que penetró en las profundidades del conocimiento humano y que vivió su fe cristiana con serena intensidad en medio de las tormentas y lejos de todo dogmatismo, vivió alejado de toda vanidad en medio de una sencillez propia del santo de Asís que logró que los que éramos próximos nos acercáramos a él sin temor, con plena confianza. Recuerdo en forma anecdótica su participación en las reuniones del grupo de teatro de cámara El Duende donde colaboró activamente durante algún tiempo. Su integración al grupo se dio en forma natural y espontánea, confundiendo con todos y disfrutando intensamente de aquel ambiente sencillo y coloquial, mientras se vinculaba en el proceso de montaje de las obras con su acertado comentario y su estímulo oportuno.

Para concluir esta deshilvanada semblanza que sólo pretende rescatar algunos de los más característicos aspectos en la vida de ese gran intelectual y humanista que fue René Uribe Ferrer y que hoy recibe de su Universidad este homenaje, quiero destacar esa virtud esencial de la auténtica grandeza

que es la sencillez, expresada en las palabras de quien fuera su confesor y amigo, el padre jesuita León Uribe C.: "Era un alma sencilla, como su misma presencia física, que daba impresión de no conocer su valor, pues su humildad se lo ocultaba".

Éste hombre sencillo hizo de su vida una cátedra viviente, que con su ejemplo ilumina con claridad el camino de nuestra propia existencia.

Al reunirnos hoy en este magno edificio, en torno a su nombre, pienso que no es una simple casualidad que esta amplia biblioteca, centro de gravedad de la vida universitaria y eje e hito de

su ciudadela, sea el recinto propicio para evocar, en esta tarde, su memoria, con el lanzamiento del II Concurso de Ensayo que lleva su nombre.

A la Universidad Pontificia Bolivariana, a su rector Monseñor Darío Múnera Vélez, a sus directivas, a los organizadores del Concurso y a todos los amigos universitarios de mi padre, en nombre de su familia, muchas gracias.

IGNACIO RENÉ URIBE LÓPEZ  
Medellín, marzo 28 de 1996